

## VI.

## SUEÑO DE JUVENTUD.

Cuando el nabab despertó era de noche. La costumbre abreviaba para él los efectos del opio.

Tenia frío. Se levantó lentamente y dirigió en torno suyo una mirada.

El gabinete estaba desierto.

Hubiérase dicho que Montalt procuraba encontrar las ilusiones de un sueño desvanecido.

—¡Estaban aquí! murmuró, cuando he cerrado los ojos vencido por el opio; he sentido mucho tiempo sus manos entre las mias, y á través de mis párpados cerrados me parecía aún que las veía sonreír.

Pasó el dorso de su mano por la frente.

—¿Sé yo lo que Dios me envía? prosiguió con acento de tristeza y de duda.

Desde ayer se acrecientan los recuerdos en mi memoria. El pasado toma una forma y surge ante mis ojos incrédulos. Mi corazón dormía. ¿Va á despertarse para sufrir nuevas torturas?

Se levantó bruscamente. El frío adquirido durante el sueño se deslizó rápido como el rayo por sus venas, haciéndole estremecer.

—No quiero sufrir más, dijo. No quiero creer más. ¡Oh! la casualidad ha querido traerme el eco de mis pasadas esperanzas; mi corazón está muerto.

Y miró por toda la habitación, murmurando como á pesar suyo:

—¿Pero dónde han ido? Esto no puede ser un sueño. He visto sus largos cabellos bajo la blanca tela de sus cofias bretonas. He oído sus dulces voces, cuyo acento me rejuvenecía como á los veinte años. He aún aquí el arpa en medio de la habitación; ¿dónde están?

Volvióse hácia la puerta de la estancia vecina y llamó dulcemente:

—¡Bertal! ¡Luisa!

Eran los nombres que las jóvenes se habían dado.

Nadie respondió.

El nabab esperó durante un instante; sus ojos, fijos en la puerta del gabinete de trajes, donde sin duda esperaba ver aparecer las sonrientes fisonomías.

mías de las pequeñas cantoras, tenían una espresion tierna y cariñosa.

Nadie apareció en el dintel.

Montalt dió dos ó tres pasos hácia ese lado como si una mano invisible le impeliera hácia las jóvenes. Despues se detuvo repentinamente en medio del gabinete y cambió la espresion de su fisonomía.

Una amarga sonrisa acudió á sus lábios, mientras que se arrugaba su frente.

—¡Qué loco soy! dijo en alta voz. ¡Miserable loco! ¡Son mujeres! ¿No he sufrido ya bastante?

Y se volvió con un movimiento brusco hácia la otra puerta, donde ordinariamente velaban los negros.

—¡Seidl! ¡Obbah!

Nada.

Era la primera vez que los negros dejaban de responder á su voz.

Pero Berry Montalt estaba hecho de tal manera, que las circunstancias de la vida no le llamaban la atencion. En lugar de admirarse é indagar la causa de ese abandono inesplicable, atravesó el corredor y llegó á su alcoba.

Echóse vestido sobre el lecho, huyendo la fatiga inútil de sus reflexiones é implorando de nuevo el sueño.

Este no queria acudir. En ciertos momentos caia en una especie de adormecimiento pesado; pero su agitacion, luchando contra los últimos efectos del opio, rodeaba la cabecera de su cama de fantasmas.

Veia las cosas y los hombres ausentes desde los dias de su juventud.

Habia sido su vida el sueño, y era el sueño la realidad.

Cada vez que cerraba los ojos acudían á sonreírle las fisonomías de otra época. Veia el paisaje agreste que habia amado de niño. Se perdía en los conocidos senderos, y se detenía á la sombra del añoso árbol cuya fiel corteza habia conservado una cifra grabada por su propia mano.

Eran las tranquilas aguas de un gran lago, en medio de las cuales subian meciéndose blancos vapores. Los sauces lloraban á la orilla del agua, que arrastraba sus quejosas ramas. El sol se ocultaba pálido tras los altos castaños.

Y por ese largo y sombrío sendero que descendía la montaña, avanzaba á pasos lentos una joven.

¡Qué bella era y qué dulce candor coronaba su rostro de virgen!

Los últimos rayos del sol parecían jugar con amor en las sedosas y largas masas de sus rubios cabellos.

Sonreía sola consigo misma; su cabeza se inclinaba sobre la margarita de los campos, que su mano fina y blanca deshojaba con lentitud.

Montalt la esperaba. Preguntaba á la florecilla: ¿Me ama poco, me ama mucho?

Y segun lo que contestaba la flor, radiaba la sonrisa de la joven, ó se velaban de lágrimas sus hermosos ojos azules.

Montalt daba vueltas sobre la almohada, que le abrasaba. Un nombre iba á espirar en sus lábios.

Luego alguna voz misteriosa se elevaba en medio del silencio y modulaba sencillamente las notas de un canto rústico.

Esa dulce cancion de las Hijas de la Luna con que las dos niñas habian mecido su primer sueño.

Montalt escuchaba á pesar suyo aquella melodía, en que habia felicidad y lágrimas.

El sol se habia ocultado tras los castaños. La noche estendia su azulado manto tachonado de estrellas. La cancion de los pastores moria en lontananza. ¿Dónde estaba la niña rubia?

En la cima de la colina habia un jardin, el jardin de un noble castillo. La noche era mas negra bajo las torrecillas, donde la yedra y la clemátida enlazaban sus follajes protectores.

Apenas se distinguia una forma blanca sentada en el banco de césped.

La niña dormia.

Berry Montalt sentia detenerse su respiracion en la garganta, y gruesas gotas de sudor surcaban sus ardientes sienes.

En ese sueño, que tenia ya medio de cierto, se le veia entrar sin ruido en la torrecilla; sentábase junto á la jóven, cuyos rosados lábios se entreabrian como para pedir un beso.

Inclinábase su cabeza; su boca respiraba un aliento perfumado. Sentíase embriagado y comenzaba á perder la razon.

Tenia deseos de despertarse, porque esa felicidad era peor que la tortura mas cruel. Pero el sueño era cada vez mas implacable.

Sin embargo, las dos bocas se unian en la sombra; un débil grito se oia en la torrecilla y Montalt emprendia la fuga con la muerte en el corazon.

Levantóse del lecho pálido, anhelante, estenuado de fatiga.

La luz entraba ya en su alcoba á través de las colgaduras.

Agitó una campanilla colocada sobre la mesa de noche. Los dos negros aparecieron á la vez.

Montalt se puso entre sus manos y sufrió sin decir una palabra los cuidados que diariamente le prodigaban.

No les pidió cuenta de su ausencia nocturna.

Terminado su tocador, los despidió con un gesto.

Huíéranse hallado en la hermosa regularidad de sus facciones las huellas de la fatiga reciente, porque esa noche habia estado para él llena de sacudidas terribles; pero aparte de la palidez de su frente y de la línea azul que sombreaba sus párpados, no mostraba la menor emocion su severo y frío rostro.

Durante mas de media hora se paseó por la habitacion; luego abrió la ventana para hacer respirar á su pecho oprimido y abrasado, el fresco aire de las mañanas de otoño.

La ventana se abria sobre el jardin. La mirada

de Montalt se fijó en aquella gruta en que la víspera por la noche le había referido Roberto la historia de la familia bretona arruinada y perdida por una lenta traición.

Retiróse violentamente hácia atrás y cerró con brusco movimiento las hojas de la ventana.

Su frente se había cubierto de una nube mas sombría.

—¡Si creyera! murmuró.

No terminó su pensamiento, pero enlazó las manos, levantando los ojos al cielo.

Atravesó la habitación y fué á caer en un sillón detrás de su lecho, junto á un pequeño mueble que encerraba la caja de sándalo con la cubierta de diamantes.

Introdujo la llave en la cerradura y tomó la caja, que durante muchos minutos tuvo en su mano como si no se hubiera atrevido á abrirla.

En ese momento sus alteradas facciones pintaban emociones contrarias é indefinibles.

—¡Si creyera! repitió oprimiéndose la frente con las manos.

Se levantó, paseándose de nuevo por la habitación, pero esta vez á grandes pasos y con una agitación quo no trataba de reprimir.

Al andar murmuraba:

—Es preciso que sepa.... ¿tendré tal vez que arrepentirme?..... ¡Si mi corazón no estuviese muerto!....

Dirigióse repentinamente hácia un bufete y trazó con rapidez algunas líneas sobre el papel.

Era una carta; en el sobre se leía:

“Al señor caballero de Las Matas, fonda de las Cuatro Partes del Mundo.”

—Haz que lleven esto á su destino, dijo á Seid, que había acudido al ruido de la campanilla. Que digan al caballero que le aguardo aquí á las once.

Seid salió.

El nabab permaneció con los codos apoyados en el secreto.

—¡Necesito esa carta! murmuró despues de un momento de silencio. Si ese hombre no ha mentido, debe haberla conservado para servirse de ella cuando le sea preciso. La necesito. Aun cuando debiera pagarla á peso de oro la quiero.

Y miró la péndola, que señalaba las diez.

Luego prosiguió, recostándose en el sillón:

—¿Vendrá? ¿Existirá esa carta? ¿Será todo una pura mentira?

Calló, permaneciendo con los ojos fijos en la péndola y siguiendo la lenta marcha de la aguja.

Durante una hora no pronunció una palabra, y su rostro, que se había puesto inmóvil, no descubría lo que pasaba en su interior.

Sin embargo, un mundo de ideas ocupaba su imaginación. El arrepentimiento estaba en el fondo de su conciencia, pero por otra parte se verificaba en él una reacción lenta y fuerte contra las emociones sentidas hacia algunas horas.

Quería persuadirse de que en él no había vergüenza ni piedad, y la esclavitud en que tenía su conciencia iba en ayuda suya, teniendo sinceramente lástima de su debilidad.

Cuando acudía á través de su meditacion la idea de las dos jóvenes que la casualidad habia atravesado en su camino, la rechazaba con impaciencia y cólera.

Mas de una vez estuvo para llamar á Seid y pedirle noticias suyas, pero se contuvo.

¿Qué le importaban aquellas niñas? ¿Por qué prolongar la loca comedia de la víspera?

Hablábase á sí, buscando términos de desprecio para caracterizar su conducta; pero la impresion producida por las dos pobres bretonas habia sido demasiado viva y profunda para que pudiera echarla á su voluntad fuera de su corazon.

Complaciase en procurar engañarse; esa impresion no podia ser efecto de la casualidad. Tenia sus raíces en lo pasado; era el contrapeso de uno de esos sentimientos que atraviesan la vida. Era un remordimiento y un recuerdo.

Montalt en medio de la duda naciente veia siempre aquellas dos fisonomías que le sonreían, llamándole á la fe.

Las once sonaron en la péndola; Montalt se levantó, moviendo bruscamente la cabeza como hombre que quiere desembarazarse de una vez del peso importuno de sus ideas.

—¡No vendrá! dijo; ¡tanto mejor! Estoy cansado

de esas necias angustias y me despido de ellas para siempre. Seid!

El negro apareció.

—Haz enganchar, dijo Montalt.

Seid esperaba que por lo menos le dijera una palabra de las dos jóvenes á quien la víspera concediera una atencion tan tierna, y á quienes habia instituido, por decirlo así, en señoras del palacio.

Pero el negro estaba hecho á los caprichos inexplicables de Berry Montalt. Además, no hablaba ni pensaba, realizando de ese modo en toda su perfeccion el bello ideal de la obediencia pasiva.

Montalt arrancó un grueso diamante de la caja de sándalo y subió al carruaje, diciendo al cochero:

—Al Círculo.

